

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Jesucristo mi sumo sacerdote
(11 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen**



Jesucristo mi sumo sacerdote (11 días)

Día 1

He. 2:17.18; Ro. 8:34

El sumo sacerdocio de Jesús es uno de los temas principales de la carta a los hebreos. En el cap. 2 se menciona por primera vez. La encarnación de Jesús y su sufrimiento en este mundo forman la preparación para este ministerio, que el Señor Jesús realiza ahora en el cielo para aquellos que creen en Él. “Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados”.

Jesús está bien informado acerca de nuestra situación. Él sabe cuales cosas nos preocupan y nos quitan tiempo y fuerza. Él no desatiende a nadie, en Su fidelidad está a nuestro lado. Él nos rodea con Su misericordia que no tiene fin y con Su amor y cuidado. Si en nuestros pensamientos o hechos estamos en mal camino, Él nos ofrece Su ayuda para el regreso. Su corazón recibe a cada uno que llega a Él. (Lea He. 4:16; Lc. 22:31.32a.)

El autor de la carta a los hebreos nos invita: “Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús” (He. 3:1).

En el Antiguo Testamento el sumo sacerdote era el intercesor, puesto por Dios, entre Él y su pueblo. Lo que el sumo sacerdote antiguotestamentario pudo hacer solamente en forma imperfecta, lo cumple Jesús, nuestro sumo sacerdote de manera completa y perfecta. (Lea 1.Ti. 2:5.6a; He. 9:11-15.)

Día 2

He. 2:17; Éx. 28:1.2.28.29

En el Antiguo Testamento se nos describe el llamamiento del sumo sacerdote. Aarón, hermano de Moisés fue el primer sumo sacerdote en Israel. En el día de la expiación llevaba la sangre del sacrificio al lugar Santísimo, para conseguir expiación por el pecado del pueblo. De esa manera conseguía la posibilidad para el pueblo de llegar sin pecado a la presencia de Dios. Dios mismo lo había ordenado así, anticipando el sacrificio de Su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. (Lea Lv. 16:1-6.9.11.14-16.20-25.34; Ro. 3:22-26.)

También la consulta a Dios para saber Su voluntad y Su consejo por el Urim y Tumim (luz y derecho) era responsabilidad del sumo sacerdote (Éx. 28:30). Dios exigía del sumo sacerdote mayor santidad y entrega que de los demás sacerdotes (Lv. 21:10-15).

La vestimenta del sumo sacerdote señala las diferentes tareas de él. Por ejemplo el efod* estaba unido con las dos hombreras. Aarón no podía acercarse a Dios de otra manera que llevando sobre sus hombros y su corazón los nombres de los hijos de Israel.

Jesús, nuestro sumo sacerdote, nos presenta ante Dios como personas por cuyas culpas Él entregó Su vida en la cruz, y a las que compró con Su propia sangre. Jesús, nuestro sumo sacerdote, no se olvida de ninguno que tiene una relación viva con Él. No se olvida de nadie, no nos deja solos en ningún momento, sea difícil o fácil. ¡Qué consuelo! Tales experiencias alentadoras podemos compartir con otros.

“Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (2.Co. 5:19;

comp. Ef. 1:7.8; Col. 1:19-23).

*efod, parte muy especial de la vestimenta del sumo sacerdote de obra primorosa (Éx. 28:6-14)

Día 3

He. 2:17.18; Ap. 2:8-10

Jesús mismo estuvo expuesto a muchas y grandes pruebas y también tentaciones. En Mt. 4:1-3 se nos describe una situación así. Ahí Jesús fue llevado a sus límites existenciales. Después de haber ayunado por cuarenta días y noches, probablemente el Señor se debe haber sentido físicamente muy débil. Satanás se acercó con una pregunta sumamente provocativa. Para Jesús hubiera sido algo muy fácil convertir piedras en pan. Pero con su respuesta rechaza la provocación por la credibilidad de ser Hijo de Dios, diciendo: "No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt. 4:4). Él se aferra a la Palabra de Dios, la Palabra de Su Padre.

También nosotros somos atacados y caemos en tentación. Entonces estamos en peligro de doblegarnos y desanimarnos. Nuestro camino puede pasar por la sombra del sufrimiento. Quizás no vemos ninguna luz al final del túnel, nos sentimos rechazados y desatendidos por nuestra actitud, aparentemente abandonados por Dios. Sin embargo no es así. "En cuanto él mismo (Jesús) padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados".

Cuántas veces sentimos la cercanía de Jesús en Su misericordia y amor. Él que está sentado a la diestra de Dios y allí intercede como abogado por nosotros, Él tiene misericordia con nosotros. En cualquier prueba podemos estar seguros de Su compasión. Él se acerca en el momento preciso con Su ayuda y a veces de forma muy sorpresiva para nosotros.

Como es cierto que nosotros somos probados y tentados, es seguro que Jesús no nos deja solos en estos desafíos. "Ahora me levantaré, dice Jehová; pondré en salvo al que por ello suspira" (Sal. 12:5). Otras citas bíblicas nos pueden alentar: Sal. 31:22-24; 68:19; 1.Co. 10:13; 2.Co. 12:9; 2.P. 2:9a.

Día 4

He. 2:17.18; 3:1

Tenemos un fiel sumo sacerdote. Su fidelidad se muestra en que Él está a nuestro favor: nunca nos olvida, nunca nos deja solos y nos advierte de tentaciones y peligros. Jesús nuestro sumo sacerdote nos hace saber: Yo soy tu ayudante. Yo soy la fuente de agua en las épocas de sequía de tu vida. Yo te llevo hacia arriba en los caminos montañosos y empinados de tu vida, estoy a tu lado justo cuando no puedes más. Y cuando te sientes solo en el valle oscuro, prometo estar contigo. Yo te protejo contra los ataques de los enemigos. Siempre puedes estar seguro de mi perdón. Cuando te sobrevienen tiempos tormentosos, yo nunca te pierdo de vista. Una palabra mía hace callar las olas. (Lea Mr. 6:45-51.)

Pablo incita a la iglesia afligida en Tesalónica a no dejar de mirar al Señor Jesucristo y la alienta con la verdad irrevocable: "Fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal" (2.Ts. 3:3).

Ante todo, nuestro sumo sacerdote nos representa ante Dios el Padre cuando muchas veces estamos desanimados y nuestra vida no es un buen ejemplo para los demás. En Su gran amor y misericordia no nos deja caer. Él nos acompaña en las diferentes situaciones de la vida como "ayudante" en nuestro aprendizaje. Él no nos abandona a mitad de camino.

Nuestro Señor Jesucristo “os confirmará hasta el fin, para que seáis irrepreensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor” (1.Co. 1:8.9).

Día 5

He. 4:14.15; 3:14

“Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión”. El autor de la carta a los hebreos llama a los lectores a confesar su posición de pertenecer a Cristo, su sumo sacerdote y retener su confianza en Él. La mención de Jesús como el “gran sumo sacerdote” señala el ministerio sacerdotal de Jesús. Él sobrepasa a todas las comparaciones con el sacerdocio terrenal. “Mientras que el sumo sacerdote terrenal traspasó solo la cortina separadora en el templo, Jesús “traspasó los cielos” para servir en el lugar santísimo celestial” (S. Ruager).

Desde Su ascensión al cielo Jesús “se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (He. 1:3). Así Él consiguió lo que ningún sumo sacerdote terrenal pudo hacer: por Él tenemos libre acceso a Dios el Padre. Como queriendo grabar este acontecimiento firmemente en nosotros, el autor de la carta a los hebreos nos exhorta: “Retengamos nuestra profesión”.

Retengamos la fe en Jesucristo inamovible y sin titubear. Tengan valentía al confesar a Cristo como su Señor y Redentor. No se dejen mover de esa posición. Una ayuda para adorar a Jesús acerca de esto nos ofrece He. 10:19-25.

“En el cielo de Dios hay un trono, rodeado de júbilo de victoria; allí vive y gobierna el Hijo del Hombre, mi sumo sacerdote Jesucristo. Mi suspiro silencioso toca tu corazón, tú sientes el dolor y las lágrimas y te apuras a intervenir, mi sumo sacerdote Jesucristo. ¡Oh, gracia inmesamente grande! ¡Oh salvación tan profunda, sin límites! Él vive, Él permanece, ¡qué felicidad!, mi sumo sacerdote Jesucristo” (H.-E. Alexander).

Día 6

He. 4:15; 2:18

Aun teniendo una posición soberana, Jesús nunca abandona a aquellos que le pertenecen: “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades”. Jesús conoce muy bien lo que es la tentación: “Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo” (He. 2:17). Así Jesús puede compadecerse profundamente de nuestras debilidades.

En el texto original griego encontramos en ese lugar la palabra “simpatía”. La simpatía de Jesús no abarca solamente un acompañarnos emocionalmente, sino se refiere aun a todo nuestro ser. Él no se distancia de nosotros. Tampoco tiene una actitud fría y dura frente a nosotros. Su grandeza no es obstáculo para inclinarse y acompañarnos.

No tenemos un sumo sacerdote lejano e inalcanzable al que no le importa nuestro estado. Todo Su interés se dirige a nosotros. Él se inclina a pesar de Su alta posición y Su santidad con misericordia y amor perdonador a nosotros. Podemos tener plena confianza en Él, pues Él en todas las cosas fue tentado y probado como nosotros, pero Él nunca pecó. La compasión de Jesús se demuestra en que Él personalmente conlleva con nosotros las cargas y aflicciones.

Esto se ve claramente cuando Jesús llamaba al “piadoso” y fanático Saulo diciendo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” ¿A quiénes perseguía Saulo? A los que creían en Jesús. Ahora Saulo tenía que escuchar que el Señor mismo se sentía perseguido por él. ¡Qué tremendo susto para Saulo! Pero también ¡qué gran consuelo para los probados y perseguidos creyentes, también en nuestros días! (Lea Hch. 9:1-5.)

Día 7

He. 5:1-10; 7:21-27

Cada hombre que fue llamado a ser sumo sacerdote estaba puesto para servir a Dios: Él debía dar ofrendas y sacrificios en lugar de los demás para expiar los pecados. (Comp. 1.Cr. 23:13.) Jesús mismo no buscó esa tarea sacerdotal. Como Aarón fue llamado por Dios, así Cristo fue llamado por el Padre. Él fue puesto en medio de los acontecimientos diarios de los hombres como Su abogado delante de Dios.

“Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec”.

A esa tarea Jesús dijo “Sí”. Él obedeció al llamado y a la voluntad del Padre. Durante Su vida en esta tierra no buscó ni honra ni poder para sí mismo. Él podía decir: “Yo no busco mi gloria ... mi Padre es el que me glorifica” (Jn. 8:50.54).

¿Acaso no es algo excepcional que según la carta a los hebreos el ministerio del sumo sacerdote significa una *gran honra para Cristo*? Dios lo ve como una honra para el Señor Jesús que Él es el sumo sacerdote para pecadores culpables. Le honra a Jesús que reconcilia a pecadores con el Padre, y que a ellos los protege en su camino, los fortalece, consuela y alienta y los lleva a través de alturas y profundidades en su vida hasta llegar a la meta.

Con todo agradecimiento podemos honrar a Jesús y adorarle con las palabras de Judas 24.25. Podemos alegrarnos de todo aquello que nos espera en el cielo: Ap. 7:9-17.

Día 8

He. 6:17-20; Éx. 26:31-33

Jesús es nuestro sumo sacerdote para siempre, para la eternidad. “Es uno de los mayores pensamientos de Nuevo Testamento que Jesús entró delante de nosotros y por nosotros al santuario celestial” (S Ruager). De ahí cualquiera que se apropia de esa realidad recibe un *fuerte consuelo* y una *inamovible esperanza*. La esperanza que tenemos por delante se compara con un ancla. En el mundo antiguo era un símbolo de la esperanza.

El muy dotado y perspicaz pensador Pythagoras dijo que la riqueza es un ancla muy débil y la fama aún más débil. Como creyentes nosotros tenemos la mayor esperanza del mundo. Hemos renacido “para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1.P. 1:3).

Como el ancla se fija en la profundidad del mar para asegurar el barco, así nuestra esperanza debe ser anclada en el mundo celestial. Pues este permanece para siempre. Allí en el trono de la gracia Jesús nos espera. Allí lo encontramos. “Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano”. “Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón. Y seré hallado por vosotros” (Is. 55:6; Jer. 29:13.14a; lea Sal. 86:1-3; Lc. 18:1-8).

“¡Qué amor! Jesús ora. Con confianza miramos hacia arriba. Su voz de abogado habla a favor nuestro al oído del Padre. Habiendo entrado al cielo, victorioso y glorioso, Su corazón está anhelante para poder bendecirnos. Sí, tú oras por los tuyos, qué confianza nos da. Lo que parece amargo se vuelve dulce por esa certeza. Nos ayudas a llevar cualquier dolor, cada sufrimiento de nosotros entiendes y siempre estás intercediendo por nosotros delante del Padre” (según J. A. von Poseck, 1816-1896).

Día 9

He. 10:11-14; Ro. 5:8-10

Por más grande que fuere la valoración del servicio sacerdotal en el Antiguo Testamento tenemos que reconocer que estos sacrificios no podían lograr una reconciliación duradera. Día tras día los sacerdotes repetían las mismas ceremonias y los mismos sacrificios. Una vez al año el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo, pero el pueblo mismo nunca tenía permiso de entrar allí. Sin embargo Jesús por Su sacrificio, una vez por todas, por la entrega de Su vida en la cruz del calvario, logró aquello que por los muchos sacrificios del antiguo pacto, nunca pudo acontecer.

Jesús abrió el libre acceso a la misma presencia de Dios. Su sacrificio vale eternamente. Por Él estamos reconciliados con el Padre. De Jesús se dice que Él, después de haber ofrecido Su vida, “se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” y allí se encuentra ahora. (Sal. 110:1; comp. He. 1:3.13; 8:1; 12:2).

Todo servicio terrenal que practican los hombres termina con la muerte. Pero nuestro sumo sacerdote Jesucristo vive para siempre. Él siempre está a nuestro lado. Esto nos puede ayudar cuando aparecen dudas y preguntas en nuestra vida. (Lea Col. 1:21-23.) “Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, ... por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto” (comp. He. 7:21-27).

Dios se ha comprometido con un juramento que nuestro sumo sacerdote Jesucristo intercede por nosotros ahora y para toda la eternidad. En Él nuestra redención está completamente segura. (Lea Jn. 10:27-30.) No tengo que temer que Jesús termine la relación conmigo de Su parte. El acta de acusación en mi contra está rota porque mi abogado y fiador ya ha pagado por mí. (Lea Col. 2:14; He. 8:12; Sal. 103:1-4.)

Día 10

He. 9:24-28

Una vez más el autor de la carta a los hebreos muestra la real dimensión del perfecto sacrificio de Jesús. En el cielo Él intercede como sumo sacerdote a favor nuestro ante Dios. “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo”.

A diferencia de los sumos sacerdotes terrenales que ministraban en forma “provisoria”, Cristo entró Él mismo en el cielo. Allí vive en la misma presencia de Dios para abogar por nosotros. El santo e inocente Hijo de Dios se presenta delante de Dios a nuestro favor e intercede por nosotros que estamos marcados por el pecado. Allí Jesús nos presenta ante Dios como personas lavadas por Su sangre derramada. Su presencia en el cielo nos garantiza el acceso a Dios, el Padre.

Conmovido por esa maravillosa realidad escribe el jubilado obispo Hermann Dietzfelbinger: “Por medio de Jesús la eternidad no es extraña para mí. A veces le tengo

miedo. Pero pensando que tengo al Señor Jesús allí, al que conozco y el que me conoce a mí como soy, y que Él me recibe y me toma de la mano y me lleva ante el trono de Dios e intercede por mí, diciendo: ‘¡A este conozco!’, entonces no es necesario temer”. (Lea Lc. 10:20; 1.P. 1:3-9.)

La primera venida de Jesús a nuestro mundo implicaba nuestra redención del poder de Satanás. “El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10). A Su regreso, el pecado ya no será la cuestión, sino Jesús y Su completa victoria. Los que pertenecen a Él compartirán Su gloria. (Lea Col. 3:1-4; 1.Ts. 5:9.10; He. 10:35-37.)

Día 11

He. 10:19-23

Después de haber presentado el ministerio y servicio de nuestro sumo sacerdote el autor de la carta a los hebreos llama a sus lectores a sacar la consecuencia práctica. Él los invita: “¡Acerquémonos!” La puerta al cielo está abierta. Somos bienvenidos por Dios. Junto a Él hay lugar reservado para nosotros. Siempre tenemos libre acceso. En Su presencia no hay un cartel: “Hoy cerrado” o “Cerrado por exceso” o “Por sobre exigencia hoy no hay consultorio”.

Con todo lo que hay en nuestra vida, gozo y sufrimiento, con toda nuestra felicidad y con toda aflicción que nos deprime, podemos llegar a Él. Él siempre tiene oídos atentos para nosotros. Él nos espera. Es un privilegio tremendamente grande: Todos aquellos que pertenecen a Jesús tienen libre acceso al santuario, porque al morir Jesús quitó la barrera levantada por nuestro pecado. Por la sangre de Jesús tenemos la libertad de acercarnos a Dios. “El acercarme a Dios es el bien” (Sal. 73:28).

En el versículo 19 se usa la palabra “libertad”, hablando del libre acceso. Pero también se podría utilizar la palabra “valentía”. Quiere decir firme y gozosa confianza (comp. He. 3:6; 4.16; 10:35). Esa confianza tiene como fundamento inamovible y eterna seguridad la obra redentora de nuestro Señor Jesucristo. Él nos ha abierto un nuevo camino que nunca antes se conocía ni existía para llegar al Padre.

Allí en la gloria celestial aun ahora Jesús intercede como nuestro sumo sacerdote por nosotros. Él actúa como abogado defensor por nosotros y se acerca con Su ayuda a todo aquel que lucha con temor, duda y pruebas. (Comp. He. 2:18; 7:25.) Jesús es y sigue siendo nuestro fiel sumo sacerdote. Poder confiar en Su fidelidad y ayuda significa consuelo y esperanza para nuestras vidas.